

DISCURSO DEL SR. PRESIDENTE AVILA CAMACHO ANTE LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN MEXICO

Los emigrados republicanos españoles, residentes en México, acaban de ofrecer recientemente un homenaje al Presidente de la República Mexicana, General de División Manuel Avila Camacho.

El acto que se celebró en los salones del Círculo Militar del Distrito Federal fué un clamoroso éxito del cual hay que anotar los dos aspectos principales. El primero, la finalidad misma del homenaje al pueblo mexicano a través de su Presidente, el cual en

su discurso, con palabras que todos los españoles debemos recoger en todo su magnífico valor espiritual perfila y concreta la compenetración ideológica y moral del pueblo mexicano y español en el afán progresista que los anima.

El segundo aspecto de gran importancia para el futuro de la causa antifranquista española es el significado y consecuencias de unidad práctica que ya se derivan del acto.

Los organizadores del mismo han sido todos los partidos, círculos y entidades republicanas españolas residente en México, a cuyo fin constituyeron una Comisión Organizadora integrada por representaciones de los mismos. De algunos de los organismos representados en la Comisión Organizadora, salió la idea que, ojalá se convierta en realidad (de que esta Comisión se convierta en Comité de enlace de todas las organizaciones republicanas de la Emigra-

ción.

Por lo demás, sabemos, que a pesar de que fueron más de 1,500 las personas asistentes al banquete, más de otras 1,500 se quedaron sin posibilidad de adquirir los tickets indispensables para asistir al mismo, debido a que el local escogido no ofrecía capacidad para más.

Por este camino creemos que debe ser por el que se debe seguir, en interés de la causa de la liberación de nuestro pueblo.

General Miaja

"Señor Presidente de la República; señoras y señores:

A nombre y representación de los militares españoles que fueron leales a la República, por un claro concepto del honor y por un convencimiento pleno de lo que es y representa la democracia en relación con la dignidad del hombre, me es muy grato saludarlo y ofrecerle nuestros respetos, no sólo como Jefe del Estado Mexicano, sino como ilustre compañero de armas. La presencia de usted entre nosotros, es un acto que no olvidaremos nunca por lo que tiene de gesto bondadoso y significativo.

Como soldado que soy, me gustan las expresiones sobrias de mi manera de sentir y pensar. Pocas palabras y acción continua son nuestras características, y, por lo mismo, yo voy a ser muy breve en mi intervención.

LA HOSPITALIDAD MEXICANA

La hospitalidad de México nos ha llenado de gratitud a los españoles, pues la acogida fraternal que se nos dispensó, nos demostró que había un país en el Mundo cuya comprensión y sentido humano de nuestro drama nacional, que luego se transformó en un drama universal, despertaba en sus corazones un sentimiento de solidaridad, para mí, el más hermoso de los que el hombre puede estar orgulloso. De las entrañas de esta expresión emocional, sale la verdadera justicia de la



GENERAL MIAJA

Historia. Y en el futuro, México y sus hombres representativos serán los mejores documentos, en su juicio y conducta, de la legitimidad de nuestra lucha y de las esencias de nuestra ideología democrática.

Cuando México ha entrado en la órbita de la lucha que sostienen las Naciones Unidas los militares españoles en el exilio no lo dudaron un momento: se ofrecieron de todo corazón al Gobierno, dispuestos a poner en su servicio sus co-

(Continúa en la Página DIEZ)

Martínez Barrio

"Excmo. señor General de División D. Manuel Avila Camacho, Presidente de la República de los Estados Unidos Mexicanos.

Señor:

Pocas veces mi palabra ha encontrado mayores dificultades para interpretar, con el propio, el pensamiento de los españoles. Diversas y fecundas motivaciones son las que han inspirado la realización de este homenaje, y aunque todas desemboquen y se confundan en la unánime gratitud que tributamos al pueblo y al Gobierno mexicano, del que usted formó parte, cuando realizó el acto de insuperable generosidad de abrir las puertas de México a los españoles republicanos, temporalmente vencidos, tuvo una alta previsión



M. MARTINEZ BARRIO

política, que le ha prestigiado y enaltecido ante la opinión universal.

ADMIRACION HACIA MEXICO

Ofrecía Europa, entonces, un espectáculo desolador. Al golpe de Estado internacional perpetrado por las potencias totalitarias en la carne viva de España, se había unido la desmembración de Checoslovaquia y la anexión de Austria, preparando el clima propicio para el ataque a Polonia y el desencadenamiento de la guerra general. En aquellos momentos trágicos las que debieron ser mentes lúcidas de los estadistas europeos se nublaron y fué México con su gobierno, el debelador implacable de la felonía y torpeza que inspiraban la política del viejo continente. Desde tal hora, México no sólo cosechó la obligada y viva gratitud de los españoles, sino el respeto y la admiración de la opinión democrática del mundo.

El testimonio personal del agradecimiento lo constituimos físicamente nosotros, pero ello carece de importancia mayor si se le compara con los frutos eficaces que rendirá el porvenir. No se ejerce, fecundamente, el rectorado de los

(Continúa en la Página DIEZ)

Doctor Márquez

Querido señor Presidente:

Me ha de permitir usted que así le nombre, infringiendo tal vez el protocolo, ya que en este acto esencialmente emotivo, como desde luego puede advertirse, "el corazón manda".

"Quien no es agradecido, no es bien nacido," dice un refrán castellano y a fuer de lo uno y de lo otro nos hallamos aquí una extensa representación de la emigración española republicana, para testimoniar a la gran nación mexicana, simbolizada en la preeminente persona de usted, nuestro afecto sincero y nuestro profundo agradecimiento.

He tenido la honra de ser designado por la Comisión Organizadora de este acto para llevar en él la voz de los profesionales médicos y de los intelectuales de mi patria. Ello ha sido debido a la circunstancia de ser yo en la actualidad, por la bondad de mis colegas, Presidente del Ateneo Ramón y Cajal, que entre sus varias actuaciones recientes cuenta la de una gestión afortunada cerca de usted, señor Presidente, en lo referente a autorización para el ejercicio profesional de los médicos refugiados, que terminaba en el año de 1942, y cuya prórroga acaba de ser objeto de un acuerdo del Ejecutivo, por intermedio de las dignas autoridades sanitarias del país y muy especialmente del ilustre doctor Fernández Manero, Jefe del Departamento de Salubridad. Ello ha sido también posible —nos complacemos en reconocerlo— gracias al espíritu de confraternidad de los distinguidos colegas mexicanos, quienes dejando a un lado lo que serían estrictamente, sus derechos en el terreno legal, han facilitado que el citado acuerdo pueda ser llevado a la práctica en beneficio de nuestros médicos. Ello era de esperar, pues no en balde pertenecemos unos y otros a la más humanitaria de las profesiones y si constantemente estamos dando pruebas de nuestro desinterés a las demás clases sociales, ¿cómo habríamos de olvidar los deberes para con nuestros propios compañeros de profesión Sepan, pues, los competentes y queridos colegas mexicanos, que estimamos en todo lo que vale su noble conducta y que a ella hemos de responder, extremando, aun más, si cabe, nuestras consideraciones hacia ellos, de sincera estimación y de leal compañerismo. Y al expresar nuestra satisfacción en estos momentos y nuestra gratitud por su bondad al señor Presidente de la República, por permitirnos ejercer, que es tanto como permitirnos vivir, nos complacemos también en manifestar que estamos convencidos de que no se trata de un derecho que tuviéramos en el terreno legal, sino de una gracia que se nos concede, en vista de las circunstancias excepcionales en

(Continúa en la Página DIEZ)



GRAL. AVILA CAMACHO

El discurso del señor Presidente de la República dice así:

Con sincero gusto asisto a este acto en el que se manifiesta elocuentemente esa gran fuerza histórica que ninguna desgracia por injusta que sea, podrá suprimir jamás: la voluntad española, genuina y libre.

Profesionales y escritores, políticos y soldados, industriales, obreros y campesinos, todos los representantes de los diversos sectores sociales que participaron con honor en la guerra de España— y que desplazados del solar patrio por la violencia, comparten hoy nuestra vida— se hallan aquí, reunidos en una espléndida comunión de fervor, de entereza y de persistencia.

No saludo sólo en vosotros a las primeras víctimas europeas de la ambición totalitaria que ha sumergido a la tierra en un mar de sangre. No vemos sólo en vosotros a los defensores gloriosos de una República que, en vez de ocuparse en llorar la pérdida de un imperio, quiso hacer de España una hermana activa de los países americanos, una compañera cordial de nuestros afanes, uno de los firmes pilares del puerto augusto que habrá nuevamente de unir en lo espiritual, a través del océano y de los siglos, a todos los seres que hablan y piensan en castellano.

Para México y para mí eso sois ante todo: hombres de España. Y, como hombres de España, dignos hijos de una tradición ilustre de iniciativa y tenacidad. Pero, al mismo tiempo, sois otra cosa. Llegados a América por los caminos del infortunio, las naves que os condujeron a nuestros puertos no traían el propósito de dominio que impulsó a las carabelas conquistadoras.

En vuestro viaje a lo que fue-

ra la Nueva España os sentais animados por el orgullo de haber dedicado lo mejor de vuestra energía a la construcción de una España nueva. Era natural que este México independiente —que siempre ofrece clara acogida a toda auténtica independencia— os recibiese con efusión.

No habléis, pues, de gratitud. Cuando se brinda hospitalidad a quien no admite vivir en la servidumbre, lo único que se hace es cumplir con un compromiso ético indeclinable. Y cuando, entre quien da esa hospitalidad y quien la disfruta, existen los nexos indisolubles que median entre nosotros, lo que hay primordialmente que procurar es que la instalación no implique nunca amargura, que la ausencia no sea ostracismo.

Vuestra cordialidad me demuestra que hemos logrado lo que intentábamos. No es así, en efecto, como se expresaría una población desarticulada por el exilio. Nuestra satisfacción moral consiste en reconocer que el suelo de la República Mexicana no ha constituido un destierro para vosotros. Fieles a España, habéis sabido ser igualmente fieles a México. El rigor de los hechos os ha constreñido a una dura separación; pero no os ha cerrado los horizontes del trabajo y de la esperanza.

Con esa inteligencia suprema que brota de la espontaneidad, la dádiva y que se inspira tanto en la capacidad de la mente como en la amplitud generosa del corazón, os habéis entregado a la corriente vital de mi Patria, sin escepticismos y sin reservas.

El pensamiento de vuestros escritores, la sabiduría de vuestros fe en sí misma y nuevas maneras de colaboración con nuestro espímaestros y la sensibilidad de vuestros

(Continúa en la Página DIEZ)